

Cánovas visto por «Clarín» y Galdós

Esperanza YLLÁN CALDERÓN

Desde que en España se inició el llamado «proceso de trasición», han sido frecuentes las alusiones verbales y escritas al período de la Restauración canovista. Tal referencia histórica podría atribuirse a ese mecanismo reflejo contra el cual advertía Marx en su *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* al rebatir la idea de Hegel de que «los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar —dice Marx: una vez como tragedia y otra vez como farsa»¹. No se trata aquí, por tanto, de establecer paralelismos similares entre la Restauración de 1875 y la que ha tenido lugar cien años más tarde, en 1975, cuya supuesta semejanza acabaría posiblemente en ese aspecto institucional de restauración monárquica.

El período que se inaugura en 1875 ha sido, sin duda, uno de los más estudiados por los historiadores del siglo XIX y continuará siendo un filón importante de futuras investigaciones. Sin embargo, al igual que antes advertíamos sobre esa frecuente tendencia a ver en los sucesos históricos una especie de «segundo acto», también sería importante para un planteamiento metodológico más real, más científico, evitar la constante referencia personalista a los períodos supuestamente más significativos de la historia, al menos a un nivel teórico.

Al abordar como tema de estudio la «Restauración canovista», cábría, tal vez, dar la vuelta a ese enunciado y plantear *qué es lo que hay de canovista en la Restauración de 1875*. De acuerdo con el primer enunciado, ya clásico, y que funciona a modo de clisé en casi todos

¹ Cfr. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, p. 250. *Obras escogidas de Marx y Engels*. Ed. Fundamentos. Madrid, 1975.

los estudios y manuales, es fácil observar que ello responde a toda una tradición historiográfica humanista e individualista (no sólo sustentada por la historiografía burguesa tradicional, sino también apreciable en historiadores que se proclaman del materialismo histórico), en cuya producción científica se podría apreciar cómo la actuación de unos individuos-clave, que ocupan cargos, posiciones destacadas o por el papel determinante que se les atribuye, son los que parecen decidir el curso de la historia. Un ejemplo casi paradigmático de este fenómeno lo constituye precisamente este período histórico, donde la figura de Cánovas aparece como «providencial», como «genio político», «artífice de la Restauración» y otros epítetos, entre los cuales no falta el de «monstruo».

Desde luego no se trata aquí de ignorar su protagonismo, ni la importancia decisiva que su gestión tuvo en la inauguración del período, sino de llamar la atención sobre un hecho que puede conducir a falsas o simplistas interpretaciones de fenómenos históricos complejos, incluso de lenta gestación, y que pueden quedar ignorados u ocultos al aparecer rotulados por la figura del «gran personaje», ya sea «canovismo», «franquismo» o «stalinismo», y que nada tienen que ver con ningún «ismo» de pensamiento o de doctrina. El problema adquiere mayor complejidad si tenemos en cuenta que esta utilización personalista puede adquirir un carácter ideológico, si interpretásemos el concepto de ideología como «un sistema de creencias que en parte revela y en parte oculta la esencia de la realidad que ella refleja». Pero no vamos a profundizar aquí en este aspecto metodológico que necesitaría un profundo y minucioso estudio y cuyas investigaciones constituyen hoy un fructífero debate en el campo de la investigación de la ciencia histórica².

Volviendo al «canovismo», o mejor, a la figura de Cánovas, y si nos atenemos a sus propios escritos y discursos, no sería tan errado asegurar que ese personalismo fuese fomentado por él mismo, dado su acusado egocentrismo; personalismo que él solía poner de manifiesto, a juzgar por las palabras de «Clarín»:

«Tan acostumbrados nos tiene Cánovas a hablar casi exclusivamente de su persona importantísima, hasta en los momentos en que más prisa corre hablar de cualquier otro, que acaso yo, por equivocación, habiéndome propuesto empezar tratando de mí mismo, la tome con D. Antonio, como él hubiera hecho de fijo en situación análoga (...) Nunca habla ni escribe D. Antonio que no nos diga que es presidente de cien cosas.»³

² Sobre estos aspectos teóricos, cfr. el artículo de Carlos PEREYRA, «El sujeto de la Historia», en la revista *En Teoría*, núm. 2. Madrid, 1979.

³ Leopoldo ALAS («Clarín»), *Cánovas y su tiempo*. Madrid, 1887. Imp. de Enr: que Rubiños, p. 13.

Tampoco sería difícil extraer de sus escritos abundantes «pruebas» de esta arrogancia canovista, pero quizá sea suficiente su famosa frase —que sintetiza toda su actuación como político— al afirmar que él venía a «continuar la historia de España». Sin embargo, aquí podríamos introducir algunas preguntas a don Antonio: Dadas las circunstancias y características específicas del período anterior, ¿no podría haberse dado otra continuidad diferente al sistema de la Restauración? ¿Acaso se produjo éste porque existía un «artífice» que lo hizo posible? Y, sobre todo, ¿qué historia de España venía a continuar Cánovas?, es decir, ¿desde qué planteamiento ideológicos y desde qué intereses de clase reivindicaba *esa* historia el político malagueño?, ¿qué supuso el «sistema canovista» como respuesta ideológica ante una coyuntura de cambio profundo como fue la experiencia del Sexenio? Y para terminar con palabras de Galdós: «La renovación política y social que se anunciaba ¿era un paso hacia el bienestar nacional o un peligroso brinco en las tinieblas?» En efecto, son demasiadas preguntas a las que sólo un estudio pormenorizado y profundo daría una respuesta más adecuada a la realidad y tal vez pondría de manifiesto esa otra cara del «canovismo».

Ahora bien, lo que nos interesa ahora es dar a conocer «la opinión y la fama», al estilo de nuestros clásicos, que merecía el personaje Cánovas a dos contemporáneos suyos, «Clarín» y Galdós, tan merecedores de gloria, si no más, que el gran político conservador.

Por supuesto, ellos no son historiadores, pero sí dos excelentes observadores críticos de la Restauración y conocedores *realistas* de esa «vividura», de esa «morada vital» de los españoles de su tiempo.

Quizá alguien me podría acusar de que no estamos haciendo un juicio objetivo de don Antonio Cánovas del Castillo, dado que tanto «Clarín» como Galdós son reconocidos «disidentes» del régimen canovista, y en efecto, así es: no se pretende hacer aquí un juicio *imparcial*, sino conocer la opinión que a través de sus escritos e impresiones nos han dejado ambos novelistas. Y si nos interesa destacar *esta* opinión es porque el sistema de la Restauración —como período «pacificador» y de «estabilidad» constitucional— ha sido ampliamente reivindicado por toda una historiografía conservadora con verdaderos tintes apolégiticos y donde en torno también a la figura de Cánovas y su memoria se han escrito abundantes panegíricos. Teniendo todo ello en cuenta no podrá parecer improcedente reivindicar también aunque sea desde lo literario, la imagen, o mejor, la semblanza, de Cánovas, desde la posición crítica, y en ocasiones mordaz, que nos ofrecen ambos escritores.

Veamos, por ejemplo, cómo nos presenta «Clarín» a ese «Cánovas pacificador» en un brevíssimo capítulo que, en su totalidad, sólo ocupa cuatro líneas:

«Cuando manda Sagasta, surgen los motines.
 Cuando manda Cánovas, surgen los regicidas.
 A Sagasta le silban las Instituciones.
 A Cánovas se las quieren matar; y ellas se le mueren.»⁴

Creo que no se puede sintetizar mejor lo que representaba para el autor el tan famoso y glorificado bipartidismo de la Restauración y su «pacífico turno de partidos».

En efecto, la mordacidad y el humor caustico es mucho más acusado en «Clarín», tan conocido de todos por esa aguda sonoridad de sus «clarines» que, sin duda, se hacían llegar hasta el más impasible lector.

En su libro, casi un folleto de poco más de cien páginas, titulado *Cánovas y su tiempo*, ya citado anteriormente⁵, su autor pasa revista a todas las posibles posiciones a las que se ve sometido su personaje: desde el «Cánovas transeúnte», «Cánovas latente pensante», «Cánovas historiador», pasando por el «orador», el «poeta», el «novelista», «político», «pacificador», incluso el «prologuista». Al final parece reconocer sus excesos (pero sólo es una apariencia) en *Dos Cartas*, que incluye a modo de epílogo o colofón y que se supone, la primera de ellas, escrita por un amigo que ha leído las pruebas de este folleto:

«Amigo Clarín: He leído gran parte de su 'Cánovas', y aunque estamos conformes en el fondo, me parece que en la forma te has extralimitado. El que prueba demasiado no prueba nada. Empiezas bien, reconociendo que Cánovas es un hombre capaz de continuar siéndolo, a pesar de presidir tantos ministerios; pero después se te va la burra, como suele decirse, y no sólo te apasionas y rebajas su verdadero mérito (el de Cánovas, no el de la burra), sino que a veces te sales de la literatura y vienes a llamarle poco delicado, y mal amigo, y mal intencionado, y cruel y tirano, con otra porción de cosas feas que, por lo menos, están fuera de sitio. ¿Qué adelantas con tratar a Cánovas así? Nadie te creerá; a él, si lee tu folleto, le darás una mortificación que, por pequeña que sea, es cruel por lo inútil, y a ti mismo te expones a que te quiera mal, y cuando pueda te perjudique, un hombre de grandísima influencia.»

⁴ «Clarín», *op. cit.*, p. 80.

⁵ «Clarín pensaba, al parecer, escribir una segunda parte de este folleto, pero no tenemos noticias de su publicación. Posiblemente nunca lo llegó a escribir, como se desprende de sus propias palabras, aparecidas al final de esta supuesta primera parte dedicada a Cánovas: «Por cierto que de *su tiempo* apenas he dicho nada. En rigor, lo único que habría que decir es que *su tiempo* no es tan bobo como Cánovas se figura, y que no las traga como ruedas de molino (...). Perdonen ustedes si, por los motivos indicados, *Cánovas y su tiempo* se ha partido en dos. Acaso no será la segunda parte de este folleto la materia del próximo, porque tanto Cánovas seguido aburre, y hay asuntos de actualidad que nos están llamando, v. gr., *Los pazos de Ulloa*, muy hermosa novela de Emilia Pardo Bazán...», p. 100.

A semejante amonestación «Clarín» responde, entre otras cosas, y no sin un mal disimulado desprecio:

«Ni Cánovas leerá este folleto, ni caso de leerlo, sentirá el más leve rasguño, ni caso de sentirlo, me procuraría el menor disgusto. No le conoces. Cada cosa en su sitio. D. Antonio, suponiendo que sepa de mi humilde existencia, me despreciará *altamente*, como dice *La Epoca*.»⁶

Si hemos empezado por el final del folleto de «Clarín», es para dar una idea al lector del tono con que está escrito este curioso «palique» del autor con su personaje, donde el estilo punzante y agudo de la crítica se ve mezclado con un tufillo burlón, irónico, con un sarcasmo a veces casi quevedesco, tan característico del autor de *La Regenta*.

Reultaría excesivo transcribir cada uno de los juicios *ad hoc* que aparecen a lo largo del texto, pero creo inevitable hacer referencia a algunos de sus asertos. Así, sobre la aparición «providencial» de Cánovas en la historia, dice:

«Voy a hablar del autor de *La Campana de Huesca*... tal como es, o a mí me parece por lo menos; y voy a hablar de él comparándole con su tiempo que es lo que corresponde, pues en los siglos pasados no se sabía de Cánovas, diga lo que quiera *La Epoca*, o a lo sumo se sabía de él que estaba haciendo mucha falta; sería un deseo vago, una aspiración al *no sé qué* de las generaciones ya muertas. Bueno, ahora resulta que *ese no sé qué*, era Cánovas; pero nuestros antepasados no podían adivinarlo. De lo que podemos estar seguros es de que, una vez nacido, ya hay Cánovas para rato.»⁷

A lo largo de todo el texto, detrás de cada palabra, de cada frase, «Clarín» va poniendo pinceladas aquí y allá, unas con brocha gorda, otras más finas, para terminar un cuadro donde la figura de Cánovas, desmitificada en todas y cada una de sus egregias facetas, sin excluir su propia fisonomía («bigote de blanco sucio y de púas tiesas», «el mal *torneado torso*», «el pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras», además de «unos ojos que bifurcan»), aparece como un grotesco muñeco de colores chillones, dispuesto para ser exhibido en cualquier barraca de feria.

Sin embargo, «Clarín» hace más alarde de su ingenio cuando analiza a Cánovas en su propio terreno, el de la literatura. «Aquí es donde yo, dice con su fina ironía, si tuviera mala intención, podría cargar la mano.» Pero veamos lo que dice a continuación:

⁶ «Clarín», *op. cit.*, pp. 101 y ss.

⁷ *Op. cit.*, pp. 15 y 16.

«¡Quién iba a decir que cuando D. Antonio vociferaba su constitución interna, como si la estuviera pariendo con dolores, allá en el banco azul, y daba puñetazos a diestro y siniestro, y perdía el hilo, y echaba espuma por la boca, había que ver en él al *mantés*, al profeta, al vate inspirado, en sus horas de calentura!

¿Pero qué clase de versos salían de aquellas irritaciones?... ¡Horror causa recordarlo! Los versos peores que se han escrito en España en todo el siglo.»⁸

Podríamos seguir reproduciendo más juicios sobre este Cánovas «poeta», pero creo que con lo anterior es suficiente.

En cuanto al «Cánovas novelista» al implacable «Clarín» ni siquiera le gustaría hablar de ello, pero lo hace. Y después de afirmar que su personaje no sabe escribir (y lo demuestra) exclama:

«¡Válgame el Señor San Pedro! No sería yo persona seria ni siquiera leal, si insistiese en estudiar al jefe de los conservadores monárquicos en cuanto novelista. Supongo que él mismo renegará hoy de su novela de *colegio*, de este cronicón donde no se ve más, por lo visto, que alardes de estilo rancio, de conocimientos históricos más o menos fáciles de adquirir, y todos los defectos necesarios para demostrar que el autor no tiene ninguna de las cualidades que ha de reunir un artista.»⁹

Ahora bien, si Cánova sejerció, con más o menos acierto, todas las facetas que recoge «Clarín» y todas ellas con su proverbial jactancia, no todas se pueden juzgar por igual. Si olvidamos esas veleidades literarias, las aficiones más queridas de Cánovas, además del poder, eran, sin duda, su interés por la historia de España, la de los Austrias sobre todo, y su debilidad por los libros viejos y raros. Pero su labor como historiador merece un examen más detallado y menos burlón del que hace «Clarín», que ni siquiera le concede tal mérito: «Conviene comenzar este capítulo —dice— advirtiendo a los papanatas que no es lo mismo historiador que presidente de la Academia de la Historia», cargo que desempeñaría Cánovas durante muchos años. Le reconoce, en efecto, su preocupación por la historia, pero sin ocultar su tono despectivo al emitir un juicio que, sin embargo, en lo fundamental es muy acertado:

«La afición de Cánovas que se puede tomar más en serio (fue-
ra de su afición principal, que es la de mandar en todos nosotros),
es ésta de la historia española; no entendiéndose que sea él capaz
de elevarse a las regiones del filósofo de la historia ni a la del

⁸ *Idem*, pp. 20 y 21.

⁹ *Idem*, p. 63.

artista historiador, sino considerándole en su natural terreno de hombre capaz de escudriñar pormenores y poner en juego cierta sagacidad de palaciego mezclado de erudito, que no cabe negarle, y bastante malicia y experiencia de las tristes intrigas cortesanas y políticas para sacar lecciones de lo presente y penetrar y saber inducir en lo pasado.»¹⁰

Pero hablemos ahora de la otra gran afición de Cánovas: su pasión por los libros. Sin duda debía ser ésta de las más conocidas para su público, porque era frecuente verle revolver entre las estanterías de las librerías de viejo más famosas de Madrid y salir cargado de libros que iban a engrosar su fabulosa biblioteca¹¹. «Cánovas es bibliógrafo con algunas de las ventajas del oficio y todas las desventajas de la manía.» E neste, como en otras apreciaciones, coincide con Galdós, cuando dice por boca de su personaje Mariclio: «Toda esta ciencia arcaica y este fárrafo que tuvieron su por qué y razón en siglos remotos, ¿le sirven al buen don Antonio para consumar y utilizar sus artes de estadista y gobernador de los Reinos hispanos...? Voy creyendo que esto no es más que un bello delirio de colecciónista, ávido de gozar tesoros raros no poseídos por otro alguno, monomanía que satisface los amores de la erudición platónica, con poca o ninguna eficacia en el arte de aplicar las sabidurías trasnochadas al vivir contemporáneo»¹².

Pero la socarronería de «Clarín» llega a sus más altas cotas cuando se refiere al «Cánovas prologuista». Debía ser una verdadera obsesión para nuestro novelista la casi «omnipresencia» de don Antonio en todos los rincones:

«En España, este país de la *fiera independencia*, que no consiente señores extranjeros, pero que se achica y hace un ovillo ante los tiranos nacionales; en España no sé hace nada que sea o pretenda ser *monumental* que no lleve un prólogo de Cánovas. He llegado a creer que si la Biblioteca de Recoletos tarda tanto en ser construida, es por que se está esperando a que Cánovas le escriba un prólogo.»¹³

A continuación da «Clarín» un repaso a los famosos y variados prologos, pero creo que no hace falta introducir más comentarios.

¹⁰ *Idem*, p. 70.

¹¹ «En la adquisición de sus tesoros histórico-bibliográficos predominaba en Cánovas, como en todo, su inclinación a las materias de Estado. (...) Entusiasta bibliógrafo, su biblioteca del palacio que habitaba en 'La Huerta' llegó a encerrar 500 de estos libros raros, en manuscrito todos ellos, y 27.000 volúmenes.» Cfr. E. GONZÁLEZ BLANCO, *Ideario de Cánovas*, Madrid, 1931, p. 48.

¹² B. PÉREZ GALDÓS, *Cánovas*. Episodios Nacionales. Serie Final. Ed. Hernando, Madrid, 1953, p. 237.

¹³ «Clarín», *op. cit.*, p. 81.

Son pocas ya las facetas de Cánovas que nos faltan por aludir en este recorrido al que nos invita la pluma vertiginosa de «Clarín». Inefable es también su capítulo dedicado al «Cánovas filósofo», a su manera de pensar y de razonar: «jamás discurre y menos prueba; sólo declama». Tal es la desesperación que parece invadir al asturiano nacido en Zamora que termina por clavar el aguijón no sólo a Cánovas, sino a ese público que le escucha y le admira, y que, en definitiva, viene a ser la clase dominante del sistema canovista.

«Anhelo salir de este capítulo: una voz me grita que es inútil hablar de Cánovas y de la filosofía a un tiempo. Una convicción íntima, fortísima, me hace ver que nuestro sabio andaluz es un espíritu limitado, de relumbrón, bueno para ser admirado por el vulgo de levita, ese vulgo lleno de preocupaciones como el vulgo de chaqueta; y además frío y seco, débil de voluntad, perezoso de entendimiento y útil sólo para admirar y seguir a la medianía que se se pone de puntillas y habla hueco y se hace obedecer por la flaqueza de la ignorancia.»¹⁴

Y aquí también, en este saber detectar y detestar la catadura moral de esta clase dirigente, coincide con Galdós, quien, a su vez, la define como «la caterva elegante y santurrona que hoy rige los destinos de España».

Ahora bien, es obvio que con la referencia a estas dos obras literarias que hemos utilizado para la realización de este trabajo: el folleto de «Clarín» y el último episodio de Galdós, no se agotan las posibles alusiones a Cánovas por parte de estos dos grandes *testigos* de la Restauración; en la obra de ambos está reflejada la España de su época, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sus sombras:

«Vivimos en la época del fausto insolente y de los grandes negocios —dice también Galdós. No se habla de otra cosa que de capitales extranjeros que afluyen aquí buscando empleo y beneficios pingües, de grandiosas empresas industriales, de ferrocarriles más largos que la cuaresma y de otros cortos y ceñidos al interés particular. La alta Banca se mueve; el dinero se desentumece, y corre a donde lo llaman el crédito y el trabajo.

España renace; pero los provechos de este resurgir de la vida económica no alcanza todavía más que a las clases opulentas...»¹⁵

Sin embargo, el *Cánovas* de Galdós, el último de sus Episodios Nacionales, no es ese folleto de «Clarín» ni tiene ese tono gacetillero y audaz, capaz de provocar esa complicidad malévolamente en el lector ante el

¹⁴ *Idem*, p. 48.

¹⁵ GALDÓS, *Cánovas*, p. 134.

retrato literario de un personaje público susceptible de las más variadas reacciones y diatribas a derecha e izquierda. La visión de Galdós es la de un hombre que escribe desde la *intrahistoria*, desde esa España real que estaba a años luz de la otra, de la oficial, la de los Ministerios y Ateneos, alejada de ese poder corrupto y de esa cultura rancia y castiza.

Galdós viene a poner con su *Cánovas* punto y final a la epopeya de esa «larga marcha» hispánica, comenzada allá con las hazañas y derroteros de ese pueblo «antifrancés», de este país «que no consiente señores extranjeros, pero que se achica y hace un ovillo ante los tiranos nacionales», al que aludía antes «Clarín».

Don Benito, al llegar a *Cánovas*, al llegar a la Restauración, se le ve cansado, fatigado, al igual que ese pueblo al que él ha acompañado a través de esos Episodios que constituyen el compromiso y el esfuerzo más generoso que haya podido hacer ningún intelectual de su tiempo ni de otros tiempos. El hastío y la rabia de un hombre honesto se dejan traslucir en este último Episodio al contemplar un régimen en que «todos los poderes residen en el Rey y en las camarillas, a las que están subordinadas los jefes de las ganaderías políticas». Las mismas «ganaderías» que llevarán *La Gloriosa* y el *Sexenio* al «remanso» de la Restauración. Sí, después de tantas luchas, de tantos sufrimientos, de tanto vivir desviviéndose la historia a lo largo de todo un siglo, Galdós mira a su alrededor, a las clases que forman ese *bloque oligárquico* de la Restauración y que a modo de crustáceo de gigantescas patas y de pequeña cabeza se ha instalado en el poder para hacer tabla rasa y cuenta nueva y «continuar la historia de España» desde las «ollas del ultramontanismo».

Lo que en realidad se intentaba con ello era borrar la memoria de todo un pueblo que quizás había soñado con ser algún día protagonista de sus destinos, de la historia y manifestar su presencia no en las academias y ateneos, sino en la vida diaria, en el campo y en la ciudad, en la fábrica y en la escuela, en esa historia viva, mucho más rica y mucho más universal que esas historias raras y anticuadas que hablaban de grandes gestas de la nobleza imperial, de reyes y diplomáticos, que llenaban la biblioteca de don Antonio Cánovas del Castillo.

«Me cargaban —dice Galdós— los hombres jactanciosos y vacíos que se habían elevado de la pobreza cesantil a las harturas del presupuesto, gentes por lo común holgazana, marimandonas, atentas no más que a encarnar en sí mismas la pesadumbre del armastoste burocrático. Me reventaban los condes y marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por D. Amadeo y D. Alfonso del montón de indios negreros, de mercachifles enriquecidos o de agiotistas sin conciencia. Me encorababan los señores pudientes, que rebajando su jerarquía ancestral entregábanse al servilismo pala-

ciego y monárquico. Detestaba, en fin todas las vanidades que se habían mancomunado para conseguir los gresos de nuestra patria y encerrarla dentro de unos muros que no podría romper sin nuevas y más iracundas evoluciones.»¹⁶

Ante una disección de clases de este temple y de esta agudeza, a los historiadores sólo cabría poner el nombre y apellido de la mayoría de ellos y de lo que representaban y defendían. Ellos eran el «canovismo» y no sólo don Antonio Cánovas, como intentábamos decir al principio. Analizar todo este entramado de corruptelas, de sordidez moral, de oscurantismo religioso y de falacia política de un sistema que sólo podía subsistir a base de institucionalizar todo este andamiaje por medio de su único sustento: el caciquismo y la ignorancia de un pueblo exhausto de su infortunio. Analizar, decía, todo este entramado nos ayudaría a comprender mejor lo que significa un régimen de contrarrevolución, el que se justifica con «la injusticia frente al desorden». Ese «desorden», esperanzado y entusiasta, era entonces el del *Sexenio*, tan temido y conjurado por estas mismas clases dirigentes.

De nuevo aquí creo necesario volver a referirme al libro de Marx que citaba al principio: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. En él lo que intentó su autor fue demostrar «cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe»¹⁷. Es ésta una labor que falta por hacer en nuestra historiografía para desentrañar el «fenómeno canovista». Pero volvamos ahora con nuestro Galdós:

«Conozco el pensamiento de Cánovas, nos dice, penetra en su cerebro por privilegio que me ha dado mi excelsa Madre [la Historia]. El hombre de la Restauración sacude a un lado y otro los latigazos de su potente oratoria, porque ve en peligro su obra, la ensambladura del Altar y el Trono; sospecha que los enemigos del régimen se preparan a reconquistar por la fuerza el Poder que por la fuerza se les arrebató en Sagunto.»¹⁸

Sin embargo, hay que decir que también en Galdós hay eso que tanto se repite en determinados períodos de nuestra historia: *desencanto*. Lo apreciamos en el diálogo que mantiene con Titillo, su «alter ego», en el que sorprende la clarividencia de este gran hombre para prever lo que iba a seguir siendo el régimen de la Restauración hasta su descomposición definitiva: un nuevo golpe militar, un sablazo más, con la dictadura de Primo de Rivera:

¹⁶ Op. cit., p. 88.

¹⁷ Cfr. prólogo del autor a la segunda edición, op. cit., p. 247.

¹⁸ Op. cit., p. 17.

«¿Crees tú, Titillo, en la revolución? No creo ni en los revolucionarios de nuevo cuño ni en los antidiluvianos, esos que ya chillaban en los años anteriores al 68. La España que aspira a un cambio radical y violento de la política se ha quedado, a mi entender, tan anémica como la otra. Han de pasar años, lustros tal vez, quizás medio siglo largo, antes que este Régimen, atacado de tuberculosis étnica, sea sustituido por otro que traiga nueva sangre y nuevos focos de lumbre mental.»¹⁹

Pero Galdós no parece perder la esperanza; al final de su *Cánovas* recurre a la Madre, a la Madre Historia, a través de cuyas palabras nos comunica Galdós su fe en el futuro y la confianza en un pueblo del que nunca desconfió y al que los hombres del «canovismo» mantuvieron apartado, ignorante e ignorado, pero que había de seguir manteniendo el espíritu de «La Gloriosa»:

«Hijo mío: Cuando a fines del 74, te anuncié en una breve carta el suceso de Sagunto, anticipé la idea de que la Restauración inauguraba «los tiempos bobos», los tiempos de mi ociosidad y de nuestra lasitud enfermiza. (...) Pero en esta tierra tuya, donde hasta el respirar es todavía un escabroso problema, en este solar desgraciado, en que aún no habéis podido llevar a las leyes ni siquiera la libertad de pensar y del creer, no me resigno al tristísimo papel de una sombra vana, sin otra realidad que la de estar pintada en los techos del Ateneo y de las Academias. (...) Los «tiempos bobos» que te anuncié has de verlos desarrollarse en años y lustros de de atonía, de lenta parálisis, que os llevará a la cansanción y a la muerte.

Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose, hipócritas, en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y desechar la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una Nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y, por último, hijo mío, verás, si vives, que acabarán por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis nuestra Santa Madre Iglesia.

Alarmante es la palabra revolución. Pero, si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu Nación. Declaraos revolucionarios, díscolos, si os parece mejor esta palabra; contumaces en la rebeldía. En la situación a

¹⁹ *Idem*, p. 228.

que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consumición y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no venzáis a la muerte, no os ocupéis de Mariclio... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro..., me aburro...»²⁰

²⁰ *Op. cit.*, pp. 268 y ss.